

## ACERCAMIENTO AL MITO Y SUS CREADORES

*Guido Münch Galindo*

Instituto de Investigaciones Antropológicas - UNAM

En este documento presento el credo unificador totonaco de la identidad personal y de grupo. Esta concepción cosmológica tiene una visión unificada del tiempo, el espacio, el individuo y la sociedad de los vivos y los muertos. El relato de la creación, el génesis totonaco, es la sustancia ética del *telos* colectivo. Entre los totonacos el espíritu creador, constituido por tres corazones cósmicos (el Sol, la Luna y la Estrella de la Mañana), es la máxima concepción del sujeto, creado por y a imagen de los cuerpos celestes. Mientras la naturaleza biológica del hombre es primariamente individual, su ser cultural se constituye en sociedad, dando forma a su entidad específica. El nosotros se asume como puesta en ejecución del programa divino fincado por los antepasados. Por esto el mito es la memoria social. La construcción de la identidad es un problema complejo: incluye intensas creencias y vivencias. En el relato mítico es luz y oscuridad en su eterna alternancia. Hay necesidad del retorno al tiempo primordial y de su reactualización en el presente.

El universo se concibe como la unidad diferenciada y diversificada. La acción lúdica de cada una de sus partes desemboca en un mismo resultado: la vida, la muerte y sus regeneraciones. La vida individual se corresponde con todo cuanto existió, existe y existirá, a pesar de las diferencias del tiempo, el espacio y las circunstancias. En síntesis, es la unidad.

La unidad se oculta en la diversidad del mundo, en la repetición eterna de los ciclos que crean instantes, días y noches, edades, estaciones, años, siglos...

El relato mítico cristaliza en los rituales de las parteras, las abuelitas negras o blancas. Surge también en las actividades de los ciclos agrícolas y festivos. Aparece en el sistema local de gobierno, en la curación de las enfermedades y en la defensa contra la hechicería. El golpe de la culpa se muestra en los rituales de purificación. La envidia y la tristeza de las narraciones del tiempo primordial van de la mano de la generosidad y la alegría de los personajes divinos.

Mito y rito se mantienen indisolubles. El rito no es un acto mecánico: es un acuerdo con lo sobrenatural. En la Danza de los Voladores hay abstinencia, confesión comunitaria y sacrificio. Antes del corte del árbol se le ofrenda aguardiente, tabaco, una gallina negra, aves, agua, tortillas, chocolate, miel, incienso, tamales envueltos en una servilleta bordada. Se le hacen ofrendas al árbol como parte que es de la esencia del Señor del Monte, el Quihuecolo. Los danzantes piden perdón al árbol por el corte; le hacen ver que su intención es regenerar la vida y obtener las bendiciones para la comunidad. Ésta es la causa por la que el árbol aparece en sueños a aquellos a quienes desea incorporar a su cuerpo de danzantes. Si no aceptan el llamado "quedan fuera de su destino". Si aceptan serán simbólicamente las aves que descienden, los rayos de luz que llegan a la tierra.

Otro tanto sucede en la Danza de los Negritos. Éstos encarnan las almas de los antepasados. La Maringuilla, un hombre vestido de novia, es la creación de la luz. Nadie puede tocarla. Es virgen. Quien la tocara, la contagiaría.

Las danzas rituales son el corazón de la fiesta. La fiesta es el tiempo privilegiado en que confluyen todos los valores. Es el momento de la creación, del nuevo orden, de la unidad y de su dispersión.

El pensamiento mítico sorprende por su vitalidad, surgida de la necesidad de reproducir las relaciones de los hombres. Así se defiende el totonaco ante la atomización que sufre el hombre del mundo moderno. Para los totonacos la tradición oral mantiene las promesas de renacimiento individual y colectivo.

El relato que aquí reproduzco puede encontrarse en varias comunidades de los municipios de Coxquihui, Zozocolco, Huehuetla, Caxhuacan, Chumatlán, Coyutla, Mecatlán y en las locali-

dades costeras próximas a Papantla. El interesado podrá hallar numerosas variantes del mito.

Recogí este material a partir del 18 de enero de 1985, y la recolección se prolongó hasta mayo de ese mismo año. No modifiqué el texto más allá de su escritura en español y en mínimas secuencias del discurso. Por ahora no hago un análisis del mito. Lo presento como una realidad textual.

Es justo agradecer la colaboración de mi amigo José Xochihua, maestro de las danzas de los Negritos, Santiagos y Voladores de Tajín por su apoyo en mis vinculaciones con los miembros de la comunidad. Desde aquí mi reconocimiento.

### LOS GEMELOS DEL MAÍZ

Nuestros antepasados, los *tutu na cu*, literalmente en lengua totónaca "tres corazones", vivían en el tiempo de la oscuridad entre las sombras y el frío. A duras penas, en el cielo medio alumbraba una gran culebra luminosa, la Vía Láctea. Su boca era tan grande como una cueva oscura, tan inmensa como el firmamento.

Sucedió que una lagartija había encontrado una piedra que siempre estaba caliente. Sobre ella se protegía del frío y preparaba sus alimentos. Al darse cuenta los demás animales, por curiosidad y envidia quisieron romperla para ver qué tenía adentro; pero ninguno pudo. Cuatro pajaritos muy chiquitos, viejos y sabios, dieron cuatro vueltas a su alrededor volando y cantando. En la última se quebró el gran peñasco. De su centro salió un huevo resplandeciente, con el color de una yema brillante. Cuando los pedazos de la piedra se enfriaron, los animales, sin saber qué hacer con el lucero, lo botaron al fondo de un manantial.

Una joven que a diario iba a traer agua para su quehacer vio en el fondo el huevo. Lo tomó delicadamente con sus manos para llevarlo a su casa. En tres ocasiones se le desapareció para volverse al agua. A la cuarta vez lo aprisionó entre sus dientes y no pudo escaparse; pero al regresar por la vereda tropezó y se lo tragó. Este huevo era la simiente de la luz. A los nueve días nacieron dos gemelos varones. El que salió primero fue el más activo y ligero; el segundo fue más lento y flojo. A pesar de todos los cuidados de

parto que le dio su abuelita, la joven murió, así como la caña del maíz cuando maduran las mazorcas.

Muy enojado el abuelo por la muerte de su nieta, fue a tirar a los gemelos en las pencas de un gran maguey. No se atrevió a matarlos; pensó que se acabarían solos. A los tres días fue a verlos y notó que estaban vivos. Éstos se habían alimentado con aguamiel. Enfurecido, los amarró en lo alto de las ramas de un árbol de anonas, cuyas frutas son parecidas a los pechos maternos. Tres días después la pareja de abuelos fueron a mirar si ya estaban muertos. No fue así. Los muchachos se alimentaron con la miel de las frutas, como si fueran colibríes. La abuelita, llorando de alegría, se los llevó a casa y con cariño los cuidó.

La gran culebra obligaba al pueblo a que se le entregara una doncella periódicamente. Con ella saciaba su hambre para seguir dando su tenue luz. En esa ocasión, cuando llegó por su víctima, los gemelos ya estaban de acuerdo para matarla. Le echaron en la boca una piedra al rojo vivo, encendida en el temazcal. Al agonizar, su luz empezó a apagarse y la oscuridad fue total. En este momento muchas gentes se empezaron a convertir en imágenes de piedra o ídolos. Para ver si de veras la culebra estaba muerta, los gemelos enviaron a la mosca verde para que fuera a cerciorarse. De inmediato regresó a decirles que le había entrado por la boca y salido por la cola, que efectivamente estaba muerta.

En cierta ocasión, entre otras travesuras, los niños fueron a espiar a su abuelita a los cerros de Taj Win, Uno Rayo o Tajín, donde por vez primera, en todos los tiempos, cayó el rayo. Sucedió así cuando la abuelita decía que iba a dar de comer a su esposo, en la espesura del monte. Vieron cómo ella de un salto se montaba en un gran venado blanco y, después de retozar un buen tiempo, también de un brinco, al caer sobre el suelo, en ese preciso momento, caía un gran rayo esplendoroso, con tal estruendo que hacía crujir la tierra. Después de esto, los gemelos observaron cómo el venado y la abuela se sentaron a comer tranquilamente en una mesa de piedra. Los gemelos no creyeron que su abuelo era el venado. Días más tarde afilaron las puntas de sus flechas, tensaron sus arcos y fueron a cazarlo.

Batallaron mucho; pero con su astucia lo lograron. Una vez muerto, lo destazaron y empacaron la carne para llevársela a casa. Los gemelos discurrieron coser la piel; la rellenaron de zacate;

hicieron un armazón de varas; la pararon simulando estar vivo el venado; por dentro le metieron nidos de avispas y de jicotes. Al otro día, cuando la abuela regresó a darle de comer a su esposo, lo abrazó antes de montarlo y, en esto, le empezaron a picar los bichos. Un coyote viejo que observaba la acción, que en una edad anterior del mundo había sido un sacerdote, le dijo que se rodara por el cerro hasta sumergirse en el río. De esta manera se salvó la abuelita. Cuando llegó a su casa regañó a los gemelos, quienes, para curarla de la hinchazón de los piquetes, la metieron al temazcal. Ellos no habían creído; pero se convencieron de que su abuelo era un hombre rayo y su nahual un venado. Hasta ahora, por eso, el rayo aparece en la oscuridad del cielo, durante la tormenta, con la forma de cuernos de venado.

El primer gemelo, el más inquieto, decidió ir a rescatar los huesos de su padre; pero no sabía dónde estaban. Para esto recurrió a su amigo y protector, el Quihuecolo, el palo viejo, el árbol de la espesura de la selva, el Señor del Monte. En el día éste se le aparecía en la montaña virgen como un hombre alto, muy fuerte y amigable. De noche se le revelaba en sueños para instruirlo; le daba muchos conocimientos e instrucciones. Le dijo que estaba enterrado en uno de los siete cerros de Chicontepec, que allí lo habían devorado los negros. Ayudado por el Quihuecolo, encontró los huesos de su padre atrás de un cerro muy alto; los juntó y unió uno por uno. Brincando, dio cuatro vueltas alrededor de ellos y su padre revivió.

Cuando venían de regreso a la casa, en el lugar que abundan los pájaros llamados *pa pan*, hoy Papantla, una de las aves cantó tan fuerte de alegría por ver al padre del maíz, quien se espantó de tal manera que, al caer sobre el piso, se estrelló convirtiéndose en un venado, igual que el abuelo de los gemelos. El venado se fue corriendo para la montaña y su hijo, al querer detenerlo, le arrancó la cola. Por eso ahora los venados casi no tienen cola.

El Quihuecolo le dijo al primer gemelo que debía aprender a sembrar maíz. Para esto, el joven ordenó a todos los animales del monte y a los árboles que le ayudaran, para salvar a nuestros antepasados del mundo de la gran oscuridad y dar luz a las nuevas generaciones. El maestro le aconsejó que buscara una canasta con un hoyo en el fondo y fuera a pedir un poco de maíz prestado con una comadre de su abuela que vivía en un cerro lejano. Así

lo hizo. Al tiempo que desgranaba las mazorcas, las hormigas arrieras y las tuzas, por un hoyo hecho abajo de la tierra, se llevaban los granos. De esta manera engañó a la viejita. Logró obtener cuatro fanegas de maíz, muchísimo más de lo que había pedido prestado.

En su tiempo, el joven decidió empezar a trabajar el campo por instrucciones del Dios del Monte. Cortó 24 varas que se convirtieron en machetes y hachas. Sus amigos los animales rozaron siete cerros completos en Chicontepec. A los tres días quemó la madera. Con anterioridad había dicho a su abuelita que cuando llegara el humo del incendio se escondiera en el temazcal; sin embargo, ella no lo creyó; pereció asfixiada. Cuando regresó el muchacho a la casa la encontró muerta; le arrancó doce cabellos del sobaco, se los metió en la nariz, le sopló con vigor y la abuelita resucitó. A los cinco días después de la siembra se dio una gran cantidad de mazorcas, tan grandes como nunca se habían visto. El primer gemelo ordenó a los animales poner todo el grano adentro de un cerro del Tajín, en el lugar donde hacía mucho tiempo había caído el primer rayo. El Quihuecolo le avisó que iba a venir el fin del mundo de las tinieblas e hizo que todo el maíz quedara escondido en el corazón de una roca tan grande como el cerro mismo.

El muchacho avisó a los animales del monte lo que iba a suceder. Les ordenó que juntaran doce tareas de leña y las apilaran. Dijo que el mundo de la luz iba a comenzar; que él mismo se iba a convertir en sol con el fin de que todos pudieran comer a gran satisfacción, como nunca había pasado. Les pidió a sus amigos que cuando vieran a su hermano le dieran el rumbo equivocado de su partida, al revés.

El gemelo flojo era fandanguero, jaranero y repentista, buen bailador; andaba de fiesta en fiesta. En esta vida fue bohemio y enamorado. Tenía muchas abandonadas y queridas en el pueblo. A todas ellas les había dicho que él iba a ser el sol. Sentía fuerte competencia con su hermano.

Llegó el momento de la creación del mundo de la luz, el tiempo de cumplir con su destino a los gemelos. El primero se subió a un cerro. Mandó a los animales que prendieran una gran hoguera. Cuando estaba en su punto se tiró enmedio. Empezó a revolcarse; tomó la mayor parte de las brasas; se levantó con un fuerte viento y voló para el oriente. Un tío muy envidioso que estaba

enterado del suceso llegó a tirarse; alcanzó a recoger algunos tizones y siguió el mismo camino del joven. Al fandanguero le corrieron a avisar a la casa de una de sus queridas; salió de prisa, llegó tarde y sólo pudo revolcarse en la ceniza incandescente. Toda la gente se burlaba de él. También se chamuscó su jaranita. Los animales le indicaron el camino en sentido contrario, al oeste, y así lo hizo.

El mundo aún seguía a oscuras. Todos estaban espantados, llenos de miedo. Entre ellos apareció un viejo sumamente reservado, el tío envidioso, que de pronto dijo: "Los tres aparecerán en el cielo". Todos lo tildaron de loco. De un puñetazo en la cara lo tiraron al suelo. Cuando se levantó se convirtió en perro y afirmó que para siempre él se encargaría de guiar al espíritu del hombre por el camino del Sol y llevarlo hasta él. Éste fue el anuncio de la creación. En este momento desapareció el perro y apareció como Venus, el Lucero de la Mañana en el cielo.

De inmediato todos los antepasados murieron. Sus espíritus fueron llevados por el perro al Sol, quien los juzgó de acuerdo a la fe tenida en él, como dios, y el respeto a las tradiciones. Para esto, después del juicio, empezó a salir la luz de la aurora. Los espíritus buenos de los antepasados fueron mandados por Dios a repoblar el mundo como hombres y mujeres. La abuelita de los gemelos, la del temazcal, renació para enseñar el oficio a las parteras y curanderas. Se fue a residir al mar, en el paraíso donde están, hasta ahora, todas las parteras muertas.

Estas abuelitas blancas de la luz y negras de la oscuridad son las que ordenaron guardar la paz entre los vivos del nuevo mundo. Ellas obligaron al perdón mutuo, a la convivencia feliz y al bienestar, para que los recién nacidos no murieran. Desde entonces las parteras comenzaron a hacer la Ceremonia de la Luz. Cada vez que nacía un niño, las abuelitas muertas mandaban el espíritu desde el mar, de una nalgada. Por eso es que todos traían una mancha verde. En el momento de dar a luz, las parteras vivas prendían una vela para que el nuevo ser se guiara, no se perdiera, llegara rápido y no se metiera en el cuerpo del niño un espíritu malo. Mandaban al padre a enterrar los trapos del parto lejos de la casa para que no cayera un rayo en el lugar del alumbramiento.

Siete días después, las parteras hicieron la ceremonia del Levantamiento del Niño. Como ofrenda discurrieron enterrar

vivo un pollito negro si nacía niña, o una pollita negra si nacía un niño. Las parteras empezaron a sacar sangre de la pata de un perro negro, a nombre del Lucero de la Mañana. Con ella hicieron siete cruces sobre el recién nacido, puestas en la frente, el pecho, la espalda, las palmas de las manos y las plantas de los peis. Después, las familias daban un desayuno de agradecimiento para las parteras. En nuestros días así se siguen las costumbres. La presencia de la abuelita negra se debe a que no hay paz entre los familiares y ella se presenta a castigar con la muerte al nuevo ser.

Después del juicio, los espíritus de los antepasados que cumplieron con menos de la mitad de lo pedido por el Sol fueron recreados como animales. Los castigados fueron condenados a servir a los nuevos hombres: el toro, el caballo, el puerco, la mula y el burro. Los enviados de los hechiceros, portadores de malos augurios, fueron: el tecolote, la lechuza, la oruga, la comadreja, la onza, la zorra, el coyote, la cucaracha y el tlaconete. Quedaron asignados para prevenir los peligros: el perro, el gato, la gallina y el guajolote. Finalmente, como animales buenos quedaron, entre otros muchos, el colibrí y el pájaro carpintero.

Entonces Dios dio su primera enseñanza. Dijo: "Igual que yo, día con día, el hombre nacerá, alcanzará su máxima brillantez en la altura, decaerá y morirá. El espíritu del nuevo hombre será de luz.

Al final, al morir el Sol en la tarde, salió el fandanguero para dar su luz tenue en la noche, convertido en el dios Luna. Se llevó el espíritu de todas sus mujeres. Desde este momento empezó a ser el protector de todo lo femenino en el mundo. Cuida los ciclos del nacimiento, la vida y la muerte. Todo lo vuelve tierno y macizo, joven y viejo. Es el dios de la regeneración, del amor carnal, el recreador de las generaciones, de las artes y la alegría de vivir. Éstos son los tres corazones de los antepasados, las luces de la inteligencia, los sentimientos y la protección de guía. Ellos están dentro de nosotros: el Sol, la Luna y el Lucero de la Mañana.

En el nuevo mundo de la luz, los hombres no tenían maíz. Aún permanecía celosamente escondido por el Dios del Monte. Los antiguos hombres, ahora convertidos en hormigas y pájaros carpinteros, vieron a un pajarito de colores brillantes dejar caer una semilla de maíz. De inmediato se acordaron que en la vida anterior éste era el mejor alimento. Un pájaro carpintero dio cuatro



vueltas al cerro del Tajín, picoteó la roca y, al quebrarse, se derramó la gran cantidad de maíz conservado por el Quihuecolo. Al carpintero le cayó encima de la cabeza y por esto es que ahora tiene la cabeza colorada. Las arrieras, con gran felicidad, avisaron a todos los animales que también ahora comen maíz; pero ninguno de ellos sabía cómo sembrarlo. El carpintero era el único que se acordaba y no quiso enseñarle a sus compañeros; sólo dio su secreto a un hombre que era su amigo, y éste, a su vez, se lo fue pasando a otros, hasta llegar a ser del dominio común de los campesinos. El carpintero fue el que contó esta historia. Por esto, cuando roba maíz en los sembradíos, no se le mata; sólo se le espanta; de lo contrario se puede enojar el árbol viejo, el Dios del Monte.

#### ABSTRACT

We transcribe on this paper an extensive mythical totonaco story about the creation, picked up in 1985. Its principal characters are: the Sun, the Moon and Venus. They are imagined as the "three hearts" (*tutu na cu*), according to the last versions, they are the ancestors of this ethnic group and its name was taken from them. The text begins with the discovery of a hot stone that contained a radiant egg that was the seed of the light; upon breaking it, a young girl picked up this seed from the waters, she took it with her teeth and got pregnant. As a consequence, twins were born and they became the Sun and the Moon. The myth also refers to the regeneration of corn, the origin of children, and the religious rites practiced nowadays by the totonaco.

It is interesting to see the resemblance of some of the passages of this myth with ancient Mesoamerican mythology and also with the mythological beliefs in other indigenous towns.



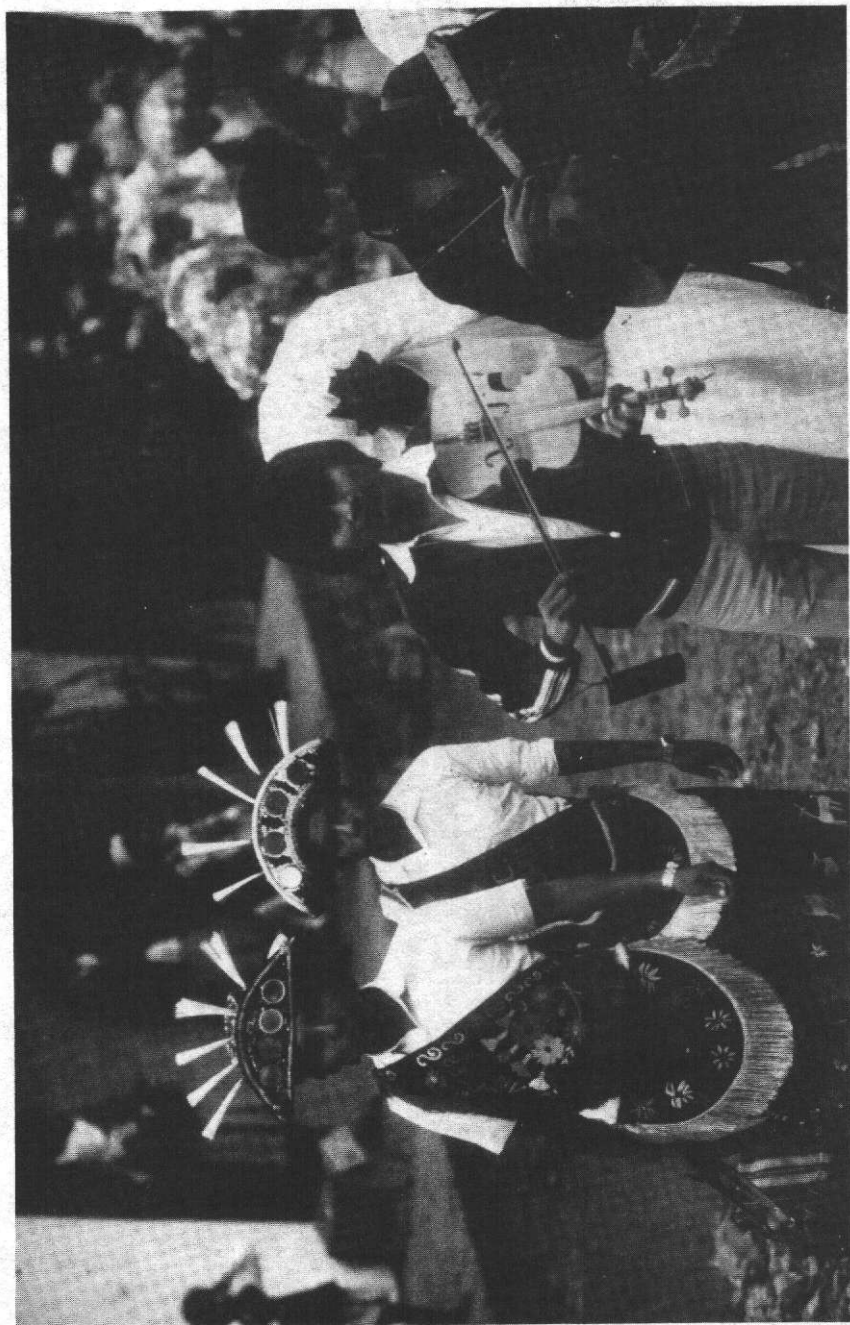
Ofrecimiento de copal antes de las danzas.



Señoritas de la organización ceremonial.



Los Santiagos.



Procesión de la Danza de los Negritos y la Maringüilla.





Grupos de danza en Cihuateutla.



Danzante del Palo Volador.